

## *Terrorismo y Medios de Comunicación: un debate contemporáneo*

### *Introducción*

---

La identificación del terrorismo como un auténtico problema contemporáneo, no es arbitraria. Sin duda, este fenómeno es uno de los temas centrales de nuestro tiempo y constituye un desafío, desde lo intelectual y lo práctico, a las capacidades concretas de los individuos y del sistema mundial.

Representa un problema en el más estricto sentido del término, pues actualmente, en lo que se ha denominado la post-Guerra Fría, las preguntas exceden a las respuestas y muchas de las pautas con las que se lo analizara hasta 1989, han perdido su significado, o al menos ya no son útiles para explicarlo. Ciertamente el bipolarismo ha finalizado, pero el terrorismo persiste y parece necesario encontrar nuevas vías -desde la teoría y la praxis- para hacer frente a sus desafíos.

El terrorismo es un problema internacional que se ha diversificado asumiendo múltiples formas e invadiendo a muchos Estados y sociedades actuales. En efecto, la creciente internacionalización política y social, los avances tecnológicos y el rebrote de conflictos nacionalistas y separatistas, constituyen estímulos importantes para que su despliegue se haga cada vez más inquietante. Su prevención y los medios para enfrentarlo figuran entre las prioridades de las agendas políticas de los Estados y de las cumbres

internacionales y su estudio ha superado los ámbitos políticos y militares para instalarse en universidades, centros de investigación, e incluso en tema de debate para los medios masivos de comunicación y la opinión pública.

Este trabajo pretende examinar -de manera sintética pero crítica- los vínculos existentes entre el terrorismo y los medios de comunicación, a fin de suscitar la reflexión y el debate sobre los roles y las competencias de los canales de información ante la opinión pública. Argentina no vive aislada del mundo, y si bien esta problemática no nos afecta directamente, tampoco no es ajena. Forma parte de nuestro compromiso intelectual y académico, involucrarnos en estos temas por lejanos que puedan parecernos.

Es importante entender que el terrorismo no es sinónimo de irracionalidad o psicopatía; por repugnantes que nos resulten sus actos, no hay gratuidad en su sistema operativo. El terrorismo no es ni accidente ni locura, sino un medio deliberado para llegar a un fin; tiene sus objetivos y por lo tanto no es fortuito. Es ejecutado como una estrategia deliberada, en un determinado marco de situación.

Estas afirmaciones exigen profundizar nuestro conocimiento sobre los actos y los protagonistas del terrorismo. Internarse en la práctica del fenómeno, analizar cómo, por qué y para qué operan sus actores, constituye una necesidad esencial en un momento

Patricia Kreibohm

---

histórico particular, en el cual este problema ha cobrado una dimensión verdaderamente inquietante. El debate sobre el terrorismo se ha centrado, en las últimas décadas, en la discusión de su naturaleza como estrategia y como táctica, en la consideración de su lógica y dinámica operativas, y en el valor asignado a los corpus ideológicos, los estímulos y los objetivos que lo impulsan. A fin de examinar adecuadamente estas cuestiones, y en virtud de la temática específica de este congreso, la hipótesis central de este trabajo sostiene que: El terrorismo no es sólo violencia o amenaza de violencia; es también; propaganda armada; dirigida contra una; audiencia-blanco, y está motivada por razones políticas.

Efectivamente, la profusa y adecuada difusión de sus actos es un componente vital de la estrategia terrorista; lo cual hace que los medios de comunicación, se conviertan en un instrumento especialmente valorado por los terroristas para alcanzar sus metas.

### I. El terrorismo como violencia simbólica

Efectivamente, la estrategia terrorista es violencia simbólica; violencia simbólica que funciona como una estrategia indirecta sobre dos planos operativos. El plano político, que traza las líneas fundamentales de acción para mantener su coherencia intrínseca, y el plano psicológico -mucho más complejo- que se dirige simultáneamente a los militantes y a la población amiga y enemiga. En otras palabras, se trata de una estrategia cuyos únicos éxitos reales son de orden psicológico y en la cual, las acciones materiales sólo tienen interés para levantar la moral o el prestigio de sus actores y para, simultáneamente, desmoronar los de sus adversarios.

El terrorismo va dirigido contra la gente que mira, no contra las víctimas; su función es claramente comunicativa. El terrorismo es teatro.

En este teatro, la manipulación de los medios de comunicación, es relevante. Ya en 1969 Carlos Marighella describió esta estrategia de manipulación

de los medios como una técnica agresiva de guerra psicológica que intenta poner al gobierno en una posición en la cual siempre tenga que defenderse. En su obra *Manual del guerrillero urbano* sostiene que esta estrategia manipulativa se divide en tres fases. En la primera, los objetivos tácticos incluyen ataques en pequeña escala a fin de presentar al grupo y a su causa ante el público. En la segunda, el objetivo es hacer que los medios de comunicación proyecten a la sociedad los reclamos ideológicos de la organización, a fin de obtener apoyo extenso. La tercera fase, intenta lograr la adhesión completa del pueblo para arribar a la meta final.

A través del tiempo, los terroristas han ganado experiencia táctica, han mejorado sus armas y han aprendido - cada vez más - a usar los medios de comunicación.

Queda claro que el terrorismo es sólo comprensible desde esta dimensión psicológica, como violencia simbólica y que los actos terroristas devienen, a la luz de estos planteamientos, gestos y mensajes. Los terroristas necesitan difundir sus acciones para crear una profunda inseguridad en la población; para ello planean sus actuaciones, en el sentido más teatral del término, cuidando exquisitamente los ritmos temporales y la puesta en escena.

### II. Terrorismo y Medios de Comunicación

Existe una amplia coincidencia entre los especialistas con respecto al análisis y al tratamiento de esta conflictiva relación entre el terrorismo y los medios de comunicación, y son muchos los temas que se involucran en su debate. A fin de exponerlos problemáticamente, intentaremos abordarlos en orden a su significación.

En primer término, existe una hipótesis según la cual, terrorismo y medios de comunicación comparten una verdadera relación simbiótica, que descansa sobre la idea del interés recíproco. Según ésta, los terroristas dan a los medios de comunicación el espec-

táculo que ellos necesitan para satisfacer su audiencia, y los medios les proporcionan, a su vez, la publicidad y difusión de sus actos, demandas y objetivos; convierten a sus actores en personajes públicos y contribuyen a difundir los temas que les interesa.

Esta dinámica configuraría, una suerte de demanda de consumo de violencia a distancia por parte de los espectadores y una poderosa satisfacción para sus actores. Indudablemente, los medios de comunicación son un factor consustancial para los terroristas, quienes son plenamente conscientes de ello, conocen perfectamente sus efectos y diseñan sus actuaciones a partir de elaboradas estrategias informativas. Para el estudio de este tema, por ejemplo, son valiosas las contribuciones de Kayne Layne Oats, quien sugiere que el terrorismo puede ser objeto de aprendizaje o de imitación.

Efectivamente, y a través de la difusión de noticias, otros terroristas aprenden e imitan acciones que ven por televisión. Los medios deben darles entonces, la menor cantidad de oportunidades para llevar a cabo estos aprendizajes y limitar, todo lo posible, los excesos de información y las referencias que puedan beneficiarlos. La televisión, sobre todo, produce sensaciones engañosas de inmediatez, neutralidad y, en definitiva, de veracidad que pueden convertirla en una arma potencialmente peligrosa. Estos análisis han originado diversas líneas de investigación y fuertes debates sobre las funciones de los medios y sus capacidades para informar, sobre el terrorismo, de manera adecuada.

En definitiva, y para la mayoría de los autores, el acto terrorista por sí solo no es prácticamente nada; la publicidad lo es todo, y el verdadero riesgo que corren los terroristas es la indiferencia, el desinterés, la falta de publicidad y la pérdida de su imagen de luchadores por la libertad o de salvadores de una clase o una sociedad íntegra. Para evitarlo, intentan generalizar la angustia y el terror, atacando objetivos de alto valor simbólico. Así pretenden demostrar, simultáneamente, su propia fuerza y la debilidad de

las autoridades y del sistema. Incluso algunos autores norteamericanos, han llegado a afirmar que el terrorista es una creación de los medios de comunicación. Esta postura parece realmente exagerada y creemos que no responde a la realidad pero, es cierto que, muchas veces, la imagen de los activistas ha sido magnificada o incluso dulcificada por algunos medios que han caído, voluntariamente o no, en la trampa de su propaganda. Y es que, desde cierto punto de vista, propaganda y terrorismo son idénticos; ambos buscan influir en una audiencia masiva a fin de beneficiar a sus patrocinadores. Como ya lo proclamaban los anarquistas del siglo XIX, el terrorismo es: propaganda por la acción.

Uno de los temas más fuertes de este debate se centra en la acusación que han recibido los medios de generar todos, o algunos de los siguientes efectos:

1) Proporcionar una plataforma desde la cual se expresan ideas extremistas que provocan violencia y socavan la autoridad del Estado.

2) Publicitar actos terroristas espectaculares, lo cual produce un efecto contagioso que aumenta la probabilidad de que otros grupos emulen la violencia que se difunde.

3) Entorpecer las operaciones policiales proporcionando información de un incidente en curso y poner en peligro la vida de rehenes y fuerzas del orden.

4) Presionar a las autoridades de manera inapropiada, lo cual limita su capacidad para tomar decisiones.

5) Otorgar espacios de poder a los terroristas a través de la cobertura informativa y reforzar su autovaloración, contribuyendo a prolongar el incidente o a aumentar la gravedad de sus consecuencias.

6) Favorecer el sensacionalismo y convertir a la violencia terrorista en una forma de entretenimiento, más que en la obligación pública de informar.

7) Involucrar al periodismo como protagonista directo del acto terrorista mediante un sistema peligroso de recolección de noticias, limitando la facultad de los medios de comunicación para informar

con objetividad. La respuesta a estas acusaciones, se ha focalizado en la destacada función que los medios cumplen en un sistema democrático: informar adecuadamente al público. Pero también es cierto que, en la práctica, no es menos importante para ellos entretener, asombrar, divertir o influir de cualquier otro modo en las emociones de la audiencia.

Al respecto, Wardlaw plantea un dilema interesante: de todos los fundamentos de una sociedad democrática libre, uno de los más importantes -la libertad de conocer y de estar informado- ha hecho posible que los fanáticos puedan moldear el conocimiento y la información, a través de los ojos de los medios. Sin embargo, no se puede cerrar esos ojos sin erosionar un derecho esencial; y no hacerlo, puede conducir a matanzas futuras y a la comisión de mayor cantidad de actos terroristas.

En casi todos los países que han experimentado actos importantes de terrorismo, ha sido la policía la que critica con más fuerza la participación mediática, y ello por dos razones fundamentales. La primera, porque la información de la violencia terrorista es, a veces, excesiva, sensacionalista y desequilibrada, lo cual que puede crear un efecto contagioso. La segunda acusación sostiene que ciertas prácticas de acopio de noticias obstaculizan la efectividad de las acciones contra-terroristas, sobre todo cuando existen rehenes. Incluso en algunas ocasiones los medios han facilitado -involuntariamente- datos importantes a los terroristas, difundiendo información directa sobre los movimientos de la policía, posibles respuestas tácticas, etc. Efectivamente, las modernas técnicas de acopio de información también plantean problemas por otras razones: el frecuente uso de instrumentos portátiles de iluminación puede crear peligros, y lo mismo sucede con el uso de cámaras ligeras, grabadores y correctores de base de tiempo; elementos con los que se pueden hacer transmisiones en directo desde cualquier parte y que pueden producir situaciones de alarma -pública o de los propios grupos terroristas- o reacciones peligrosas o indeseables.

Por todo lo dicho, la información de noticias sobre acciones terroristas, constituye un verdadero problema para los medios. Actualmente, el terrorismo es un dossier muy delicado en las redacciones, que incluye decisiones, compromisos y posiciones difíciles para quienes tienen que informar sobre él. Además, y contrariamente a lo que se piensa, el terrorismo no hace vender mucho, o en todo caso vende menos que el sexo, o el dinero. Plantea serios problemas a los medios -que no siempre pueden ayudar al público a entender lo que sucede- y concentra las críticas sobre la tarea informativa. Sin embargo es arbitrario hacer de la prensa su chivo expiatorio e imputarle o transferirle la responsabilidad de las acciones del terrorismo.

En este sentido, las relaciones entre el gobierno y la prensa nunca se han resuelto satisfactoriamente debido a que el terrorismo provoca una aparente colisión entre dos principios democráticos fundamentales: la libertad de expresión y la seguridad del Estado.

Muchos hombres de prensa creen que la libertad de informar es un valor absoluto que debe prevalecer siempre y aún cuando se enfrente con otros valores como la intimidad, el respeto a la ley o la seguridad individual. Argumentan que no es su responsabilidad evitar la violencia y que su función se reduce a proporcionar información y garantizar el derecho del público a conocer y decidir libremente sobre los acontecimientos. Así para el presidente de la CBS News, Richard Salant.

Los Mass Media no están para dar ideas; nosotros nos limitamos a presentar hechos reales - ya sean políticos, económicos o terroristas- para que la gente saque sus propias conclusiones y no es de nuestra competencia cubrir solamente las erupciones volcánicas y los desastres naturales. No tengo la intención de dárme las de saber y decir qué ideas son buenas o cuales malas.

Por otro lado, están quienes opinan que la ética periodística incluye el respeto de otros valores y conductas civiles que muchas veces pueden exigir -no la

omisión o la tergiversación de la noticia sino- la preservación de algunos aspectos informativos o la limitación del suministro de datos específicos y elementos determinados.

Actualmente, el centro de la polémica se sitúa en torno a la postura de neutralidad del periodismo el cual, como uno de los instrumentos más fuertes del sistema democrático de derecho, también debe condenar a los violentos que atentan contra la población. A pesar de que no se han logrado soluciones permanentes, sí se han conseguido esporádicos acuerdos, que suelen coincidir con periodos en los que recrudece el fenómeno. En definitiva, todo lo que gira en torno a la información y al terrorismo representa inevitablemente un problema ético, que se mantiene irresuelto.

Como sostiene Juan Jáudenes Jordano, el terrorismo es, esencialmente, un arma psicológica y un gran generador de efectos: destruye valores comunitarios, inhibe responsabilidades ciudadanas, fomenta las valoraciones utilitarias de la violencia, encona relaciones políticas, dificulta la actividad económica, contagia respuestas de violencia y genera descreimiento del sistema de seguridad y de la efectividad del sistema jurídico. Tal vez la difícil situación del País Vasco o de Irlanda del Norte en la actualidad, sean claros ejemplos de lo dicho.

### *III. Sugerencias y recomendaciones para el tratamiento de este tema*

---

A fin de poder regular de algún modo esta compleja y peligrosa situación, muchos Estados han establecido sistemas legales que incluyen distintos procedimientos para limitar la información de actos terroristas. Estas propuestas incluyen orientaciones y sugerencias operativas, e incluso la promulgación de estrictas legislaciones específicas. Un ejemplo de lo dicho sería el informe del grupo de trabajo sobre Desórdenes y Terrorismo dependiente del Congreso de los EEUU, que publicó las Recomendaciones de

intrusión mínima y tratamiento completo e inadvertido. He aquí algunas de sus sugerencias.

1) Usar una agrupación de periodistas para informar de la situación en representación de todas las agencias de noticias. No deberá darse a los actos terroristas más importancia de la que realmente tienen y la información debe basarse en hechos reales.

2) Restringir el uso de la iluminación, cámaras y otras tecnologías especiales.

3) Limitar las entrevistas directas con quienes retienen rehenes. Será necesario también evitar la utilización del discurso y el lenguaje de los terroristas.

4) Evitar revelar informaciones tácticas que perjudiquen las operaciones policiales.

5) Diferir la información de detalles que pudieran empeorar la situación. Las autoridades deberán ser siempre consultadas antes de implementar cualquier acción que interfiera con las labores policiales.

6) En ningún caso se contribuirá a hacer efectiva su propaganda; las informaciones sobre las fuerzas de seguridad deberán ser cautas, exactas y evitarán, en todos los casos, el sensacionalismo. Es necesario que los medios confíen en los portavoces de las autoridades.

7) Equilibrar y contrastar la difusión de propaganda que hacen los terroristas, con las fuentes oficiales. En suma, la información que proporcionan los medios de comunicación social, debe ajustarse a tres elementos clásicos: el contenido, las fuentes y la forma expresiva, pues el terrorismo también está sujeto a un proceso de semantización que abarca una compleja trama de operaciones meta-comunicacionales las cuales, en las distintas fases del proceso informativo, participan de la transformación de los hechos, en noticias. Los medios de las sociedades democráticas, no pueden ser neutrales ante el terrorismo. Por su parte, los periodistas deben estudiar y conocer el fenómeno a fin de tratarlo de la mejor manera posible. El periodismo sobre el terrorismo debe ser un periodismo de precisión.

Como sostiene Richard Clutterbuck, la televisión ha hecho que el antiguo proverbio chino: matas a uno y aterrorizas a mil, pueda modificarse como: matas a uno y aterrorizas a diez millones.

#### *Algunas conclusiones sobre este tema*

---

El tratamiento que los medios hacen del terrorismo apunta, no sólo a una cuestión legal, sino sobre todo a un problema moral. Si los periodistas colaboran con los terroristas -sabiéndolo o no- mayores serán los riesgos y temores de la comunidad y más frecuentes las imposiciones legales de las autoridades para limitar estas actuaciones. El periodismo debe crear una nueva postura ética que regule su participación en los sucesos sin bloquear su deber de informar. Pues, ...en muchos casos son nuestras propias reacciones frente al terrorismo lo que puede constituir el peligro principal, y no sólo el terrorismo en sí.